

XIV

Cuando entramos en el Palacio Real, todavía estaba yo indecisa respecto de lo que me pasaba. Iba sin saber adónde, sin reflexionar, más que medianamente satisfecha y renegando de la zozobra. De buena gana hubiera dicho, como un personaje de la antigüedad: «Dejemos para mañana los asuntos formales».

La carroza se detuvo, y subimos un escaloncito. Era una cena íntima; llegamos á las habitaciones por pasadizos poco alumbrados, pero muy conocidos de la marquesa, y guiados por un criado vestido de rojo; luego encontramos algunos ayudados de cámara, después dos ujieres, y, por último, se abrieron las puertas de un salón y me hallé en una atmósfera embalsamada, en medio de innumerables bujías y de mujeres hechiceras y hombres elegantísimos que hablaban y reían á cuál más. En verdad, de pronto quedé deslumbrada y aturdida, y ni oí á la señora de Parabere al presentarme al regente, ni saludé á éste con la oportunidad debida; de puro mirar nada vi. Rehecha, divisé al príncipe, que me tendía la mano, noté dos ó tres beldades que me estaban examinando, y oí como la marquesa preguntaba el nombre de los convidados.

— ¿Quién está ahí, monseñor?

— Las señoras de Sabrán, de Phalaris y de Ple-neuf, Nocé, Richelieu, Lafare, Simiane, Lauzún, y qué sé yo cuántos más.

— ¡Cómo! ¿el viejo duque de Lauzún está aquí?

— ¿Eso la admira á V.? Más me asombra á mí todavía; porque no le perdono la jugar eta que me

hizo en el Luxemburgo; pero ha venido á pedirme de cenar con la desfachatez que V. ya le conoce, y no me he atrevido á echarlo.

— ¿Vendrán del Luxemburgo?

— No me hable V. de eso — contestó el príncipe, encogiendo los hombros;— ese amor desatinado nos la quita, quiere quedar á solas con él; es un verdadero escándalo.

— Mañana iré para presentarle á la señora del Deffand, y veré qué es eso.

La duquesa de Berry, hija del duque de Orleans, á la cual se aludía, vivía en el Luxemburgo, y estaba prendada de Riom, sobrino del duque de Lauzún, anciano de más de ochenta años, en otro tiempo amado de la primogénita del hermano mayor del rey, y que hacía pocos años se había casado con una mujer de prendas, hija del duque de Lorges y hermana de la duquesa de Saint-Simón, y á quien tenía encerrada en Passy y la hacía desventurada hasta la muerte, movido por sus celos, bien infundados por cierto.

Eso no impedía que el anciano duque buscase queridas, se vanagloriase de tenerlas, persiguiese á las mujeres guapas y frecuentase los burdeles.

Al caer su sobrino en gracia á la duquesa de Berry, el duque de Lauzún, que galanteaba á las princesas, dió los mejores consejos sobre el modo de comportarse, é indujo á la nieta de Luis XIV á casar secretamente con un segundón de Gascuña, como él en otro tiempo casara con la nieta de Enrique IV. Son estas, dos hazañas dignas de notarse en la vida de un hombre.

Lauzún tenía vulgar el rostro, el ademán imper-tinente, y era tan pequeño de cuerpo como orgulloso y presumido; eso sí, era hombre de claro talento, de serenidad inalterable, jactancioso y enamorado

de sí mismo hasta el culto; en suma, era uno de esos personajes de quienes una mujer puede hacer su amante, pero nunca un amigo. Por ahora, valga este ligero esquicio de aquella ruina extraordinaria; más adelante lo daremos á conocer más acabadamente.

La señora de Parabere se reunió á las damas que la esperaban, y la seguí. La señora de Sabrán había compartido con aquélla, al principio, los favores del regente; pero luego cedió su sitio á la señora de Phalaris, y sólo se presentaba ya en el Palacio Real como convidada. La señora de Phalaris, cuyo marido había sido creado duque por el papa — lo cual no podía tener consecuencias, pues nadie tomaba por lo serio su título, — era rubia, alta, gruesa, blanca, de mirar lánguido, y cuerpo... dejado. (*Mi secretarillo no necesita comprender esta palabra.*)

(Nota del secretarillo: ¡Vaya si la comprendo!)

La señora de Phalaris era desdonada; pero se resarcía de este defecto con otro, preciosísimo para el regente, y que no es de nuestra incumbencia declarararlo.

Resuelta la marquesa á burlarse de la de Phalaris, pues le era sumamente antipática, empezó por elogiar ponderosamente su tocado, de bastante mal gusto por cierto, como que se componía exclusivamente de joyas, brocado de oro, perlas, diamantes y collares. En cuanto á su escote, era tal, que la señora de Parabere dijo á la de Sabrán, como en secreto, pero de manera que todo el mundo la oyese:

— La buena de la duquesa ignora que los hombres sólo miran lo que una esconde.

— Señora — profirió la de Phalaris ofendida y aludiendo al sencillísimo vestido de la marquesa, — el trapillo que V. luce es precioso y le sienta á V. á las mil maravillas; sólo que parece que acaba V. de levantarse.

— No puede decirse de V. otro tanto — replicó la marquesa; — cualquiera diría que no se ha acostado V. desde anoche.

— ¡Qué! ¿pasa eso alguna vez á las gentiles damas de este tiempo? — exclamó *inocentemente* el duque de Lauzún. — En mis mocedades, esas cosas no se decían, y, salvo el revesivo y el sacanete, ninguno se vanagloriaba de semejante victoria.

— Cada tiempo tiene sus costumbres, señor duque, y si tales gangas tuviese V., haría en voz muy alta gala de ellas.

— Con perdón de V. sea dicho, señora, ni soy el regente, ni siquiera el conde Horn, á Dios gracias, ni el marqués de...

El anuncio de la cena interrumpió esta letanía, felizmente para la señora de Parabere, pues el maligno viejo era un descocado y no daba su brazo á torcer.

Los convidados entraron en el comedor, que era otro prodigio de elegancia y riqueza.

A mí me hicieron sentar entre el señor de Lauzún y el regente, el cual tenía á su derecha á la señora de Parabere, sentada á la vez junto al duque de Richelieu.

— Monseñor — exclamó atolondradamente el de Nocé, — ¿y el cardenal?

— Para presentarse espera la venia de la señora de Parabere, que supongo le ha vedado concurrir á la cena... Pero no, helo aquí. ¡Eh! padre cura, siéntate á la mesa y cuéntanos lo que pasa; porque si tú no lo sabes ¿quién nos lo dirá?

— Demasiado sé, monseñor; pero lo más cierto es que envejezco y pierdo la memoria.

— ¿Qué se te ha olvidado?

— Mi cena de ayer.

— ¿Conque tan enfermo estás?

— Por la noche, y mientras trabajo, colocan á mi lado un potaje y una ave; de no hacerlo así, con frecuencia me acostaría en ayunas. Anoche, á las diez, empecé á sentir hambre, y al pedir mi refacción, mis criados me dijeron que ya me la había comido. Sin embargo...

— Se la había comido V., no puede ser de otra manera — clamaron de todas partes, interrumpiendo al cardenal.

— El lance circula de boca en boca por París — me dijo Lauzún al oído; — su maestresala se había olvidado de prepararle la cena, y entre todos forjaron ese cuento. Y lo bueno es que ese gran ministro lo creyó.

— ¿Y no mataste á tus reposteros?

— ¿Qué aprovecha matar semejantes animales? Siempre los hay. ¿Monseñor desea saber nuevas? Las traigo curiosas: en primer lugar, la policía está muy quejosa de la señora marquesa de Parabere.

— ¿De mí? — exclamó la marquesa.

— Sí, señora; V. sola nos da más que hacer que todos los súbditos de Su Majestad reunidos.

— ¿Cómo es eso?

— Todos los partes hablan de V.; doquiera se encuentran víctimas de esos sus ojos, víctimas que se suicidan ó se mueren de desesperación; no sabemos á cuál dar oídos...

— Los hay que de eso no mueren — dijo la condesa de Lussán.

— Porque tiene V. la bondad de recogerlos, señora, lo cual es una generosidad que le agradezco — contestó la de Parabere.

— ¡Ah! si los hombres muriesen por tan poco — articuló el marqués de la Fare, — ninguno de nosotros estaría aquí.

— ¡Qué! ¿por una negativa?

— Declaro que nunca he recibido ninguna, — exclamó con fatuidad Richelieu.

— Y yo declaro que en mi vida he dado ninguna — dijo la señora de Phalaris con ingenuidad que hizo reír á carcajadas á los circunstantes.

— Esa mujer sería alguna vez muy aguda si no fuese tan bestia — dijo la marquesa al oído de su vecino.

XV

— Marquesa, esta noche está V. desdeñosa hasta más no poder para con todos nosotros — dijo la de Sabrán.

— Nunca desdeño á mis amigos, señora, y V. sabe tanto como yo á qué atenerse sobre el particular.

— Se lo hemos probado á V. — añadió Richelieu.

— Y yo le he replicado victoriosamente.

— Es cierto.

— Y en lo sucesivo, pienso hacer más todavía.

— Sería el colmo de la amabilidad.

— Hoy estoy en las mejores disposiciones.

— ¿Qué nos ofrece V.?

— No parece sino que soy una tía testadora, y que Vds. se reparten mis despojos.

— Me placería ver ese testamento — prosiguió el príncipe.

— ¿Le gustaría á Vuestra Alteza, monseñor? lo más fácil del mundo.

— ¿El testamento de V.? ¿Tiene V. mucho que legar?

— Y que contentar á muchos.

— Vamos á ver, ¿qué va V. á legarme á mí? — exclamó el duque de Richelieu.

— Mi espejo, señor duque.

— ¿Y á mí, señora? — preguntó el de Lauzún.

— Mi librito de memorias.

— ¿Y á mí, mi querida marquesa? — articuló la de Sabrán.

— ¿A V.? mi macaca Artemisa, modelo de viudas. La señora de Pleneuf se dignará aceptar todos mis perfumes.

Y en verdad, la de Pleneuf los necesitaba grandemente, pues apestaba.

— ¿Y al señor regente?

— Mis gotas corroborantes.

— ¿Y al cardenal?

— Mi catecismo.

— ¿Y á la señora de Phalaris?

— Le hago mi más importante legado: tendrá que sustituirme en todo, lo cual no es fácil.

— Me asusta V., señora.

— No lo adivina V., señora duquesa; querría donar á V. más, para que la fiesta fuese completa.

— ¿Sus diamantes? ¿sus perlas?

— Tal vez.

— ¿Su palacio? ¿sus carrozas?

— No, me los reservo.

— ¿Después de su muerte?

— Sí, para que me sirvan de acompañamiento.

— Entonces, no sé...

— Busque V. bien.

— Será algún perro favorito — dijo Nocé.

— Nada de eso.

— ¿Un amante?

— Eso no se da: no nos dejan Vds. tiempo de tomar, Vds. mismos se dan.

— Seguimos el ejemplo de V., señora, pues feliz-

mente muda V. más aprisa que nosotros; lo que hay, es que de prestar oídos á lo que V. dice, el último amor es siempre el más firme.

— Estas razones son propias y exclusivas de los necios. ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos tratando?

— ¿De veras? Explíquese V.

— ¿Para qué? ¿No lo saben Vds. tan bien como yo? La primera vez amamos por curiosidad, la segunda por despecho, por gratitud la tercera, y las demás por costumbre.

— ¿Cuál número me corresponde á mí? — preguntó el regente.

— El que monseñor prefiera, no soy mujer para contradecir á Vuestra Alteza.

— Volvamos á la señora de Phalaris. ¿Qué legado le hace V.?

— ¿No lo adivinan Vds.?... Mi reputación.

Al oír estas palabras, todos nos echamos á reír.

— Ríanse Vds., ríanse — exclamó la marquesa; — no es ya tan fácil de sostener como eso la reputación. ¿Qué dicen de mí? En primer lugar, que mato á mis adoradores. Señora duquesa, *los hombres que usted mata gozan de buena salud*, y como alguien ha hecho observar hace poco, si hiciese V. lo mismo, esta noche cenaríamos entre mujeres solas.

La de Phalaris no comprendió; rióse porque los demás reían.

— Diga V. de una vez qué me lega V. — exclamó la señora de Phalaris; — me tiene V. en ascuas.

— Figúrese V. que estoy muerta — prosiguió la de Parabere; — lego á V. los homenajes, los cumplimientos, las lisonjas y mis amigos, aunque sin garantizárselos; asimismo lego á V. mis enemigos, pues hay que aceptar las cargas. Otrosí, le lego el amor y el corazón del señor duque de Orleans: es imponer cau-

dales en un vitalicio. Legó á V. un príncipe á quien distraer, cortesanos á quienes recibir, calumnias que repeler, mentiras que hilvanar, todo el fárrago de la locura, de que ertoy ahita, y deseo á V. tanta dicha como á mí.

— ¿Por qué no lega V. también su agudeza á la señora de Phalaris, ahora que está V. con las manos en la masa? — dijo á media voz el duque de Richelieu.

— ¿Para qué, si no sabría utilizarla?

El regente, que se había puesto triste, lo que le pasaba con más frecuencia de lo que se cree, besó la mano á la marquesa de Parabere y le dijo:

— La chanza es deliciosa, pero cruel; por favor, dé V. fin á ella.

— ¡Cruel yo para con Vuestra Alteza! ¡Oh! monseñor, nunca he pensado tal. Han solicitado mi testamento, y lo he hecho; he dispuesto de lo que *me pertenece*. ¿Por ventura no podemos elegir á nuestros herederos?

El señor de Lauzún, que por primera vez cenaba en el Palacio Real, prestaba oído atento y no perdía de vista á aquella mujer tan vivaracha, tan franca y de lenguaje tan desembozado. Ahora bien, la marquesa, que había advertido lo que en Lauzún pasaba, volvióse repentinamente hacia él y le preguntó su opinión sobre aquel reparto y sobre lo que ella apellidaba los sucesores de Alejandro.

— Opino, señora, que tengo aquí una compañera de mesa — contestó Lauzún, designándome á mí — que ha quedado olvidada en ese reparto, con merecer un recuerdo.

— ¡Oh! en cuanto á la señora del Deffand, nada tengo que darle; se basta y se sobra á sí misma para tomar su parte. Si le destinase algo, serían mis tocas de viuda, con la condición de que las encerrase como

yo en un cajón. En cuanto á V., heredero de mi brillo de memorias, se lo lego con la condición de servirse de él y de escribir en sus páginas la historia de su florida mocedad, cuando era V. objeto de los favores de las damas y por la gracia del amor estuvo usted no dos dedos de ser primo del rey. Díganos usted, ¿han mudado los tiempos?

— Tres cosas han mudado, señora: los tiempos, los hombres y yo, y aun yo soy el que he mudado menos.

— ¿Y las mujeres?

— Han mudado para mí, pero me parecen las mismas para los sucesores de Alejandro; todos tenemos un poco de sucesor de Alajandro, á lo menos á los ojos de ellas.

— ¿Hay alguna de nosotras que le recuerde á V. las mujeres de antaño? ¿Se parece alguna de nosotras á la prima del rey? ¿á la señora de Mónaco?

— No me hable V. de la prima del rey — profirió Lauzún compungíéndose; — es el eterno duelo de mi corazón.

— ¿Y las demás? ¿y la señora de Mónaco, que nos gratificó con el ridículo duque de Valentinois que tanto nos dió que reir, sin contar á su señor padre, ridículo en grado superlativo, como sabía más que todos la princesa? ¿Qué tal era aquella célebre princesa de Mónaco? ¿Se la recuerda á V. alguna de nosotras?

Nunca olvidaré la mirada y la sonrisa con que Lauzún recorrió el círculo que formábamos. Eran toda una sátira.

— Todas Vds. se le parecen en cierto modo; pero ninguna de Vds. tiene sus facciones ni su porte. El modo de ser de mi juventud no puede compararse al de la de Vds. Entonces se divertían de otra manera: el fin era el mismo, pero las formas diferentes; éramos

más majestuosos, más formales en la apariencia, y nos resarcíamos privadamente; pero en público guardábamos el mayor decoro. Eramos más grandes señores, con perdón sea dicho; no bajábamos de la gloria de Nicea, donde queríamos que nos admirasen. En mi opinión era esto mejor, cuanto más que el placer nada perdía con ello.

¿Qué diría, pues, el señor de Lauzún si viese á los jóvenes señores y á las grandes damas de hoy y la espantosa decadencia en que ha venido á parar la nobleza, sin contar lo porvenir, que nos reserva otras muchas caídas más?

XVI

Intimidada, ávida de oír á los demás, de gozar de aquel derroche de ingenio por mí tan admirado y al que hacía largos años aspiraba, apenas hablé. Con todo eso, el regente estuvo conmigo galantísimo y mucho más respetuoso que no solía con ninguna de aquellas damas, á las cuales conocía demasiadamente. Nada, empero, en su conducta ni en su lenguaje me dió á sospechar, aquel día, lo que pasó después. Quizás en torno nuestro nos espían miradas peligrosas. Olvidé á mi marido y á mi prima, no menos que las desazones que me esperaban; pero al acercarse la hora del regreso, todo se me refrescó en la memoria, y empecé á temer. No obstante, nada habría dicho, si la de Parabere, al ver que me ponía seria, no se lo hubiese hecho notar al duque de Orleáns.

— Tiene miedo — dijo la marquesa, designándome á mí y riéndose, — teme un consejo de familia mo-

vido por el enfurecimiento; si Vuestra Alteza no la tranquiliza, y, sobre todo, si no la protege, no volveremos á verla.

— ¿Así, pues, el señor del Deffand es muy terrible?

— Nada de eso, monseñor; dentro de algunos meses, transcurridas algunas semanas, de aquí á pocos días quizá, mi amiga no hará de él ningún caso; Vuestra Alteza, emancipado por Dubois antes de la edad de la razón, no comprende por qué la señora del Deffand es tan tímida. Para que ésta no tema á su marido, es menester que deje de temerse á sí misma, que se vea libre de sus remordimientos de colegiala, y eso no se consigue de sopetón. Poco mal ha hecho mi amiga esta noche ¿no es verdad? pues bien, dentro de poco, tan pronto se encuentre bajo el techo conyugal, no será su corazón el que palpitará, sino su conciencia. Vuestra Alteza se ríe de eso, porque la conciencia y el corazón ya no le palpitan; pero nosotros somos jóvenes.

— ¿Todavía tiene V. corazón y conciencia, marquesa? ¿todavía no se ha desembarazado V. de esas fruslerías?

El duque de Orleáns era bueno; le asaltaban escrúpulos involuntarios sobre casos que para nada turbaban á los personajes de su especie, y sin embargo, como decía Luis XIV, era un farfanton de vicios, hacía gala de los que no tenía. La señora de Parabere no aceptó la acusación tan á quemarropa formulada, y contestó al oído del príncipe no sé qué de que aquél no se atrevió á reirse. Luego, el duque se volvió hacia Lauzún, lo llamó por medio de una seña, y le dijo:

— Es V. el hombre más respetable de cuantos estamos aquí reunidos.

— ¿Lo cree V. así? — profirió el de Lauzún. — En este caso, lo siento por los demás, y me corro de que así sea.

— Encárguese V. de acompañar de mi parte á la señora del Deffand á su palacio, y diga V. al marqués que lo espero mañana, después del consejo de regencia.

— Lo haré, monseñor, como el más respetable de la compañía. ¿Tiene Vuestra Alteza algo más que ordenarme?

— ¿Ya sabe V. lo que hay que decir, en este caso, á un marido que se rebela? No seré yo quien dicte á usted lo que V. nos ha enseñado hace largos años con su ejemplo.

— ¡Ay! demasiados años — contestó Lauzún. — Por eso lo sé tan bien. — Y volviéndose hacia mí, continuó: — Señora, cuando á V. le plazca.

Salimos pertrechados de las recomendaciones del príncipe, de la señora de Parabere, de todo el mundo, en una palabra; subido que me hube á la suntuosa carroza de Lauzún, que continuaba ostentando un fausto de gran señor, rodeada de antorchas, de lacayos á caballo y de pajes, avancé por las calles, á las cinco de la mañana, y fui á llamar ruidosamente á casa de la pobre señora de Sivetot, que se despertó haciéndose cruces, en la creencia de que todos los diablos se habían reunido en su puerta.

Un criado acudió al llamamiento, y nos preguntó si éramos la patrulla y si buscábamos á alguien en la casa, jurando por toda la corte celestial que estaba pronto á obedecer; de lo cual el señor de Lauzún se rió grandemente.

— Sólo te recomiendo que sin dilación despiertes al señor del Deffand, á quien necesito decirle algo de parte de Su Alteza Real la infanta — dijo el anciano duque.

El criado se apresuró á obedecer, subiéndose sus mal atacadas calzas, y, entretanto, entramos, conduciéndome el señor de Lauzún ceremoniosamente de

la mano, como si fuésemos á bailar un minuete. En cumplimiento de mi promesa de no contradecir en nada al duque, lo dejé hacer, y entramos en el salón á pie llano, que trascendía á moho y á devota, olor peculiar á los conventos y mayormente á las seráficas personas que envuelven al mundo en su menosprecio. El duque lo notó, añadiendo que él sabía de antemano lo que había de decir con sólo aspirar el olor de aquella pieza.

— Para esa gente sólo hay un lenguaje, y desde joven aprendí á hablarlo — profirió el duque. — Nada tema V., señora, quedará V. satisfecha de mí.

Mi marido entró y me miró sobre ojo. Lauzún, que interceptó la mirada aquella, se interpuso entre Deffand y yo, y tomó súbitamente el ademán respetable de un obrero de parroquia. La presencia de aquel señor materialmente cubierto de condecoraciones y bandas, mi actitud sumisa, y mi bien cruzado manto, calmaron un poco la furente inquietud de Deffand, el cual hizo una profunda reverencia al duque, ordenó á su lacayo, por medio de una seña, que nos acercase sillones, y al abrir la boca para preguntarnos qué se nos ofrecía, el señor de Lauzún lo atajó diciendo:

— Caballero, la señora del Deffand regresa del Palacio Real.

— Lo sé, caballero — contestó desabridamente mi marido.

— Su Alteza Real la infanta me ha encargado que acompañase aquí á la señora.

— ¡La infanta!... ¡Cómo! ¿Su Alteza cena en el Palacio Real?

— ¿Dónde quiere V. que cene, viviendo allí, como vive?

La razón era concluyente; así es que mi marido abrió desmesuradamente los ojos y no contestó.

— Su Alteza, — continuó Lauzún — ha retenido á su lado, hasta este instante, á la señora del Deffand, de quien está prendada de tal suerte, que quisiera verla á menudo, pero sola, á causa de la mariscalá Clerambault, que no puede tragar que aquélla tenga ninguna amiga predilecta. Su Alteza ha hablado de usted á su hijo, y ha obtenido para V. una audiencia. Hoy, después del consejo, será V. recibido.

Tales cumplimientos y tales favores dejaron confuso á Deffand, á quien ni siquiera se le ocurrió una duda; así es que Lauzún pudo continuar su guasa á mansalva. En cuanto á mí, avergonzada y violenta, determiné poner término á semejante situación, y levantándome so pretexto de que estaba fatigada, saludé y me fui á mis habitaciones.

Supé que mi marido soltó innúmeras necedades á Lauzún, satisfechísimo de las circunstancias y maravillado de encontrar una caza tan fácil, tanto más cuanto su reputación en este género estaba cimentada hacía sesenta años.

Lauzún y mi marido se despidieron uno de otro como dos buenos amigos. En cuanto á mi marido, apaciguada su cólera, dió entrada á las más halagüeñas esperanzas respecto á su porvenir y á su ambición; tan es así, que al acompañar al duque hasta la antecámara, le dijo, por vía de conclusión:

— Tendré la honra de dar personalmente las gracias á Su Alteza Real la señora infanta, después de haber visto al señor duque de Orleáns, ¿no es verdad, caballero?

— Eso le será á V. factible — le contestó el maligno duque;—no dudo que Su Alteza Real le reservará á V. la mejor acogida y que todo pasará á satisfacción de V.

Lauzún se fué estregándose de gusto las manos, y gozoso de sí mismo y de la guerra que iba á encen-

der. Y es que alimentaba ciertas ideas; porque es sabido que, no obstante su avanzada edad, el duque sentía aficiones galantes; una joven provinciana, ignorante de todo, bastante guapa, no necia dama, sin pretensiones principescas, formaba un conjunto que le pareció digno de él.

— Pero, ¡guarda! — dijo entre sí el duque, — hay que apartar al regente; así tendré un rival menos, y rival terrible.

Lauzún no se dió punto de reposo; pero Deffand supo componérselas de manera que conservó al duque y al regente, aunque no con estudio, sino por la fuerza de las cosas y de las circunstancias. Lauzún tuvo espacio para perder el tiempo aburriéndome. En cuanto al duque de Orleáns, justo es decirlo, no me aburría.

XVII

El regente, que era fino por todo extremo, recibió atentísimamente á Deffand, que se embrolló de tal suerte al hablar de la infanta y de sus bondades, que el príncipe nada comprendió ó no quiso comprender. Su Alteza le dió un destino de confianza en el Lenguadoc, una especie de comitaduría que paraba revolverlo todo en la provincia y que nada significaba, y le ordenó que sin demora se pusiese en camino y no comunicase á nadie adonde iba. Poco le costó al duque de Orleáns comprender que mi marido era un necio, y como tal lo trató. Tengo muchos años, soy viuda hace largo tiempo, Deffand pertenece á la posteridad, lo que no esperaba él en vida, ni yo tampoco, y por lo tanto me corresponde decir á la

posteridad la verdad escueta, y la digo; que este es uno de los raros privilegios que nos concede la vejez, y del cual sentiría muchísimo privarme.

Deffand, que no podía pensar en llevarse conmigo, en un viaje tan importante, sólo se tomó el tiempo de volar á casa de la duquesa de Luynes para rogarle que se encargase de mí.

A falta de madre ó de marido, me era menester una tía, porque, según el modo de pensar de provincias y de la antigua corte, todavía era yo demasiado joven para presentarme en sociedad sin llevar á mi lado una persona grave.

La duquesa recibió asperísimamente á Deffand y tomó el enfurruñado gesto á que estaba sujeta cuando mortificaban su gazmoñería; esto aparte, era un pedazo de pan.

— ¡Encargarme de la señora del Deffand! — exclamó la duquesa, — ¡de una dama que va al Palacio Real, y á quien hoy presentan en el Luxemburgo! No por mi vida, caballero. ¿No tiene á la señora de Parabere, á la de Phalaris, á la de Averno y todo el escuadrón del duque de Orleans para protegerla?

— Pero, señora... no sé... no creo... Por otra parte, mi mujer tiene la honra de ser sobrina de V.

— Lo es, y como tal la recibiré siempre, á lo menos mientras no me obligue á lo contrario, mientras venga sola á mi casa ó no dé publicidades por París. No exija V. más de mí.

— Sin embargo, señora, todavía se presentan en el Luxemburgo damas respetables, que van á saludar al regente...

— ¡Qué pocas!... y aun ha de obligarlas á hacerlo un interés particular, y esas van á ver á la infanta ó á la duquesa de Orleans; la cual, cuando aquéllas se presentan en el Luxemburgo, hace introducir las á su presencia por la duquesa de Saint-Simón, azafate

de la duquesa de Berry, y no por la señora de Parabere; aquéllas entran por la puerta principal, no por la pequeña. ¡Quita allá! debería V. no consentir.

— Señora — exclamó Deffand, interrumpiendo con poca finura á la duquesa y tomando un ademán de suficiencia; — señora, sé muchas cosas que V. ignora y de las cuales se entera V. por la servidumbre; qué-pale á V. la seguridad de que no ando á ciegas, y de que mi mujer sólo obra con mi consentimiento. No se precipite V. en sus juicios, y verá.

— Pláceme que así sea; sin embargo, si no anda usted con pies de plomo, le darán qué hacer.

— Ya me han dado, señora duquesa; antes de poco me pongo en camino — contestó Deffand, dejando vagar por sus labios esa sonrisa insípida, impertinente y bestial propia de los que revientan de vanidad.

— El momento es poco oportuno.

— No lo he escogido yo.

— ¿Quién pues? ¿su esposa de V.?

— No me haga V. hablar, señora, me está vedado, y deme V. licencia para retirarme; mi silla de posta está preparada.

La de Luynes movió á una y otra parte la cabeza, y despidiendo con un ademán á mi marido, añadió:

— Vaya V., caballero, vaya V.; no lo digo para retenerle, pero mucho me temo que va V. á meterse en mala vía. A lo menos no me arrepentiré de haber callado. Si mi sobrina Chanronod todavía viviese, le escribiría; muerta, sólo puedo dirigirme á V.; tiene usted la desgracia de ser sordo y ciego. Con todo eso, haré cuanto en mi mano estuviere pa a evitar lo que motivadamente me temo. Diga V. á su mujer que no me olvide. Servidora de V.

Dichas estas palabras, la duquesa plantó á Def-

fand, que me contó de pe á pa esta conversación antes de subirse á la silla de posta, conversación que nunca he olvidado, y que me dió qué pensar; quizá si desde aquel día hubiese evitado yo las ocasiones... Entonces nada tendría que escribir, y no sé qué haría en lo presente, si nada hubiese hecho en mi pasado.

Aun no había Deffand llegado á las murallas, cuando la señora Parabere entró en mi casa, suntuosamente ataviada, y al verme á mí en trapillo más triste que elegante, tornó á sus recursos expeditos, quiero decir que en menos de media hora me hizo peinar, vestir y empolverar con cierto polvo de lirios que ella ponía de moda; luego se me llevó consigo, y en su coche llegamos al Luxemburgo, sin que me hubiese permitido hacerle la más leve observación.

Como había insinuado á Deffand mi tía, pasamos al través de puertecitas y de corredores secretos, y para llamar lo hacíamos de cierta manera, para darnos á conocer de las criadas y de los lacayos. Cruzamos algunos gabinetes con tragaluces, una retahíla de galerías, y llegamos á las habitaciones de la señora de Mouchy, azafata y confidenta de la princesa. Tenía la de Mouchy á su cargo la policía de la intimidad, así como la de Saint-Simón la de las recepciones en corte. Al ver á la señora de Parabere, la azafata no reparó en mí de buenas á primeras, y avanzó con solicitud al encuentro de ella, diciéndole:

— Alabado sea Dios, ya está V. aquí. La infanta pregunta por V. desde esta mañana; sólo V. puede sacarnos del apuro, ó, mejor dicho, impedir que Su Alteza Real haga una tontería.

Yo estaba allí á poca distancia, y la marquesa, sospechándolo, me nombró antes de contestar.

— Perdone V., señora — me dijo la de Mouchy, — tenemos que hablar un poco; al instante somos con usted.

— Llego en mala ocasión — repliqué picada, — creo que es menester...

Yo había retrocedido ya un paso, cuando se abrió una puerta, y vi entrar á una joven algo gruesa, no fea, con los cabellos sueltos, el peinador en los hombros y una piocha de pedrería en la mano. La recién llegada nada veía en torno de ella.

— Condesa — profirió la joven, — llévele V. eso, y pregúntele si se contenta con estas perlas.

La señora de Parabere saludó á la duquesa de Berry, que tal era la joven, de modo que yo la conociese, y dijo:

— Vuestra Alteza Real me ha hecho la honra de enviar por mí; aquí estoy á sus órdenes.

— ¡Ah! mi querida *Cuervecilla*, estoy disgustadísima... Pero ¿quién está ahí?

Yo habría querido que la tierra se me hubiese tragado; no conozco nada peor que llegar inoportunamente. Júzguese cuál sería la vida en el Luxemburgo cuando podía entrarse sin autorización en las habitaciones de la viuda de un príncipe real.

La señora de Parabere me nombró, agregando que el regente nos enviaba á las dos, con encargo de que ella me presentase á mí.

Saludóme con la cabeza y con la mano la princesa, y volvió á ocuparse en su piocha.

— Vaya V., vaya, señora de Mouchy; el tiempo pasa volando y el embajador llegará sin que yo esté preparada para recibirlo.

— ¿Qué pasa, hermosa princesa? — preguntó la de Parabere cogiéndole las manos y besándoselas.

— Que ha fallecido la electora de Baviera, cuñada de mi abuela, y el enviado del elector va á venir enlutado y Riom no quiere que yo me vista de luto.

— ¿Qué importa eso?

— ¿Por ventura Riom está acertado en algo?

Esta mañana se ha encerrado en sus habitaciones porque me he negado á tocarme con rubíes; contesta al través de la puerta, se obstina, el tiempo apremia, no sé qué hacer... ¡Figúrese V.! ¿Qué dirá mi padre, qué dirá la infanta cuando el enviado se queje de que no visto de luto por mi tía? Sólo V. puede apaciguar al regente; en cuanto á la infanta, descargará su cólera sobre alguien ó sobre algo; no la temo.

— Pero, repito, ¿por qué Riom quiere obligar á Vuestra Alteza á ponerse una piocha de rubíes? A lo menos ha de dar un pretexto.

— Detesta á los bávaros, y la infanta lo recibe con altivez. Por eso quiere mostrar á la infanta que es más poderoso que ella é imponerle esta atrocidad.

— ¡Bah! será chusco — exclamó, riéndose, la señora de Parabere. — ¡Qué! ¿no se come aquí? pues es fácil que Riom vuelva á nosotras y veré de adoc-trinarlo.

— Comamos, pues, y cargue pateta con el enviado. Voy á mandarle recado de que estoy enferma, y volveré otro día. ¡A la mesa!

La duquesa de Berry volvióse hacia mí y me dijo:

— Señora, pues viene V. de parte de mi padre, bienvenida sea; síganos.

XVIII

Seguí á la princesa y á las damas, asombrada y confusa de cuanto pasaba, y entré en un comedorcito, bajo de techo como un entresuelo, muy lindo, muy claro, muy íntimo, una como jaula de pájaros indicos, escondida é inaccesible, excepto para los iniciados.

En el comedor aquel había en pie, con la servilleta al brazo, un maestresala, que desapareció al ver á la princesa.

— Pero, señora, á lo menos recójase V. los cabellos — dijo la de Muchy acercándose á la duquesa; — ya la peinarán después. Comamos con todo sosiego, por el amor de Dios.

— Dios nada tiene que hacer aquí — replicó la duquesa; — en cuanto al amor, ya es distinto, y para que venga, mande V. llamar al conde.

La marquesa desapareció por la misma puerta que el maestresala, y regresó poco después seguida de un hombre alto, robusto, casi feo, granoso, vulgarísimo, con cara de vinagre, despechugado, y parecido, en fin, á todo menos al tirano de una princesa de Francia. La señora de Berry salió, con el rostro radiante, al encuentro de aquel tipo, y le dijo:

— Lléguese V., le están á V. esperando, bizarro vencedor; vamos á comer, después veremos.

Riom saludó silenciosamente á la princesa, y luego á nosotras.

La de Parabere, que no era mujer para soportar largo rato aquella solemnidad, dijo á Riom:

— En verdad, caballero, ha jurado V. sacar de sus casillas al señor regente y atormentar hasta la muerte á esta buena princesa. ¿Qué le importa á V. verla enlutada? ¿Por qué hacerla faltar á sus deberes por el simple capricho de una piocha de rubíes?

— No comprendo pizca, señora — contestó con cara de garduña el interpelado; — no atormento á nadie ni me meto en piochas de rubíes. ¡Valiente gusto demuestra en eso la señora duquesa de Berry!

— Hace V. bien en negar sus exigencias, caballero; sin embargo, puede V. hablar sin temor. La señora marquesa del Deffand no es una extraña y tiene